

TUMBAS PROFANADAS

Por JAIME DE SALAS MERLÉ

EN aquellos tiempos guerreros y feudales del siglo XIII, los caballeros no se dejaban tocar la barba por otro hombre que no fuese el peluquero. Los reyes y los nobles llevaban rizadas melenas y frondosas barbas y el mayor insulto que un caballero podía inferir a otro era cogerle por la punta de la barba. Como entonces no se habían inventado las tarjetas de visita, esta era la manera de desafiar a un rival.

Cuando don Jaime el Conquistador, rey de Aragón, asaltó la ciudad de Palma de Mallorca, ordenó a sus soldados que respetasen la vida del rey o emir sarraceno Said-ben-Alhakén, que defendía la ciudad capital de sus islas, porque quería don Jaime ser él personalmente quien le aprisionase. En pleno fragor de la batalla, avisaron al gran rey en qué casa se defendía el emir con su hijo. El Conquistador exclamó:

—¡Ese es para mí!. —Y se abrió camino hacia el edificio con su enorme espada «Tizón» que sembraba el terror en muchos metros a la redonda. Este rey de Aragón y Cataluña era el hombre más alto de su reino, pues sacaba más de la cabeza a los más talludos de sus súbditos. Era el hombre más hermoso de su tiempo y el más bravo de sus guerreros. Los leales ricos-hombres que le acompañaban en las batallas tenían que sujetar las riendas de su caballo para que no se lanzase temerariamente en los sitios de mayor peligro, a veces, para salvar la vida de un humilde ballestero o peón de mesnada.

Cuando don Jaime llegó a la puerta de la casa en que se defendía a la desesperada el emir, penetró solo y subió a saltos la escalera, llegando en pocos segundos a una amplia estancia en cuyo centro estaba el sarraceno esperando con sereno valor el golpe de gracia de la temida

«Tizón» del aragonés. Tal era el efecto que infundía la sola proximidad de don Jaime, quien llegó a decir que ahuyentaba a sus enemigos con la cola de su caballo.

—No temáis por vuestra vida—dijo el cristiano avanzando hacia su enemigo, pues él no era hombre que se ensañaba con los vencidos—. Se limitó a coger al emir por la barba para ganar una apuesta que hizo en una ocasión en que el moro trató de burlarle con un falso pacto de rendición. Podéis figuraros la satisfacción que sintió el arrogante adalid al obtener aquella venganza simbólica contra el enemigo que le había escarnecido. Después de recibidas las llaves de la ciudad, le dejó marchar libremente a Túnez con cuantos habitantes quisieran seguirle. El rey cristiano era muy caballeroso con sus enemigos derrotados.

Presenciaba la escena anteriormente descrita un muchachuelo de trece años, cuyos ojos oscuros, muy abiertos, miraban con supersticiosa admiración al rey de los cristianos. Era el hijo del emir, en quien el asombro pudo más que el miedo. Llevaba una capa blanca, debajo de ella un camisote carmesí y, ajustado al cuerpo, un juboncillo de seda también blanco.

—Acercaos—le dijo afablemente don Jaime con aquella sonrisa abierta y campechana que tantas victorias diplomáticas le había granjeado—. El doncel moro corrió a postrarse a sus pies y besó su mano. Don Jaime dijo al emir:

—Me quedo con tu hijo, que será príncipe en mi corte y tendrá castillos y vasallos.

Accedió el padre, con lo que el hijo del monarca musulmán pasó a ser don Jaime de Mallorca. Ni que decir tiene que su protector le hizo bautizar e instruir en el cristianismo y lo tuvo a su lado para hacer de él un auténtico caballero y rico-hombre de Aragón.

Pocos años después de la conquista de Mallorca, emprendió el rey de Aragón la liberación de Valencia, joyel el máspreciado de su largo y glorioso reinado de sesenta y tres años. El asedio de la perla del Turia fue laborioso y sangriento y en él hizo sus primeras armas, al lado de su padre adoptivo, el gallardo Jaime de Mallorca, cuya adhesión inquebrantable duró hasta la muerte, pregonando la nobleza de la raza de que procedía.

Entre sitiadores y sitiados se lanzaban retos a desafíos singulares en que unos y otros hacían gala de su destreza y de su gentileza caballeresca.

Un día, once caballeros del arzobispo de Narbona «tornearon» con once jinetes sarracenos, flor de la caballería de la ciudad. Emplearon

éstos un ardid para vencer a los cristianos, que consistía en fingirse vencidos y huir hacia un lugar enfangado para que los del arzobispo se atascasen y entorpeciesen y fuesen fácilmente descabalgados. Don Jaime vió a tiempo la argucia y, sin poder contenerse, galopó hacia el campo del torneo gritándoles que retrocediesen. Con ello les salvó de una muerte segura, pero estuvo a punto de perder la vida, porque cuando regresaba volvió la cabeza y un sarraceno disparó contra él un certero ballestazo. A pesar de lo mucho que ha adelantado la medicina, no podemos comprender ahora cómo aquella herida no le costó la vida al Conquistador. El proyectil atravesó el casco de suela y se clavó en la cabeza cerca de la frente. Un dolor intenso contrajo las facciones del monarca. El joven Jaime de Mallorca galopó hasta poner su caballo junto al del herido e intentó recoger en sus brazos el gigantesco cuerpo que iba a desplomarse; pero aquel cuerpo no vaciló siquiera. Una expresión de furor enrojeció el rostro del herido al mismo tiempo que la sangre, que manaba abundante.

—¡Avant, rellamp! ¡Via fora! Que quiere decir: ¡Adelante, relámpago! ¡Abridme paso! Y siguió galopando hacia su tienda. Con un cendal se limpiaba la sangre y ¡sonreía! para que sus tropas no diesen importancia a la herida y no desmayasen en el asedio. Una vez en la tienda, con su propia mano asió el asta de la saeta, y el esfuerzo para arrancársela fue tan violento que el vástago de dura madera de cerezo se quebró cerca de la herida.

El Conquistador tuvo que estar cinco días recluso en su tienda para ocultar a los suyos que se le había entumecido la cara e hinchado los ojos con pérdida de la vista.

El de Mallorca no se apartó de su lado y le hizo de enfermero y de lazarillo abnegado. No dicen las crónicas qué cirujano ni qué raras medicinas de la farmacopea medieval lograron la recuperación de la vista y la curación en pocos días. La vitalidad de aquellos hombres era portentosa.

Uno de aquellos días de forzada reclusión estaba el hijo adoptivo sentado en un escabel junto a las enormes rodillas del ciego. Tal vez escuchaba embelesado las portentosas hazañas que éste le relataba; quizás, su infancia en el castillo de Monzón entre los Templarios de Guillermo de Monredón... La regia mano acariciaba la hermosa y varonil cabeza del doncel y, al pasar por sus mejillas, se detuvo con una mezcla de ternura y de orgullo, diciendo:

—Dejaos crecer la barba, Mallorca. Y que esta sea la última mano de hombre que ose posarla en ella.

Con esta sentencia, el más esforzado guerrero de aquel siglo vino a dar el espaldarazo de caballero al hijo de su antiguo prisionero. En prueba de lo cual y del cariño que le profesaba, le hizo donación, de por vida, del señorío sobre la villa y el castillo de Gotor.

* * *

Said-ben-Alhakén no se olvidó tan fácilmente de su hijo. Lo sabía rico y poderoso entre los cristianos, olvidado de la patria y religión de su infancia. ¿Sería auténtica su conversión?

En aquella época, cristianos y moros, cuando no peleaban, se intercambiaban visitas y regalos, por lo que no hubiese tenido nada de extraordinario un encuentro amistoso entre padre e hijo. Pero el antiguo emir de Mallorca era al presente un anciano desvalido que arrastraba en Túnez una existencia miserable. Resultaba humillante para él presentarse así en el castillo de Gotor ante el noble señor que casi gozaba de las prerrogativas de infante de Aragón.

Por los moros de Denia y de Xexona (ahora se llama Jijona) supo el destronado que su hijo había contraído matrimonio solemne con una infanzona de lo más linajudo de Zaragoza y supuso, con acierto, que la esposa haría arraigar más fuertemente las creencias y la lealtad del protegido del rey. Se habría de contentar, pues, con verle de lejos, sin darse a conocer; con rozar sus vestiduras cuando visitase la morería de alguna población recién reconquistada...

Con esta obsesión clavada en el cerebro, Said-ben-Alhakén pidió como limosna un rincón en un bajel que hacía la travesía entre Bujía y Alicante, que entonces todavía estaba en poder de la Media Luna.

Arrastrado por vientos huracanados que soplaban hacia Oriente, el diminuto y tosco bajel moruno tardó diez días en hacer la travesía que hoy se realizaría en pocas horas. Fueron diez días de tortura para el desgraciado Said, tirado en cubierta sobre unos harapos, expuesto a los puntapiés de los brutales marineros, azotado por la lluvia y el viento y abrasado por la impaciencia de ver realizados sus sueños de tantos años.

Jaime de Mallorca se hallaba en aquel tiempo en el campamento que el Conquistador había plantado frente al formidable castillo de Játiva. Por los alrededores del vasto campamento pululaban mendigos, juglares, curanderos y vendedores de la más extraña mezcla de mercancías. Se veían confundidas las vestiduras cristianas con las moriscas, de modo que le era fácil a un espía o fugitivo introducirse hasta las mismas

tiendas de los sitiadores. Utilizando este ardid, llegó un día Said-ben-Alhakén hasta pocos pasos de la tienda de Jaime de Mallorca, enclavada en medio de las que cobijaban a los caballeros, mesnaderos y peones del señorío de Gotor. Llevaba el moro colgada del cuello una bandeja con golosinas morunas muy gratas a los rudos paladares de los soldados cristianos: pastas hechas con miel y almendras, cuya fórmula ha llegado hasta nosotros con el nombre de turrón.

Vendiendo trozos de turrón a unos y otros, logró asomarse a la tienda de su hijo, quien, sin conocerle, le ordenó que dejase allí todo lo que le quedaba por vender, pues que él se lo compraba, ya que le recordaba su infancia en Mallorca, cuando aquellos dulces hacían sus delicias.

—Mallorca es mi tierra, señor—dijo el moro postrándose en tierra, en ademán de besar los pies al guerrero español.

Las facciones de Jaime se llenaron de ternura y una sombra de tristeza asomó a ellas:

—¿Estabais allí cuando los cristianos la conquistaron?

Ahora fueron las facciones de Said las que se contrajeron de enojo, pero como tenía la cabeza inclinada hacia el suelo, nadie pudo advertirlo y contestó con el mismo acento de humildad:

—Alá todopoderoso permitió que la perdiésemos. Acatemos su voluntad. Yo la abandoné con su último emir, el desventurado Said-ben-Alhakén.

—¿Sabéis de él? ¿Vive todavía?—preguntó con viveza don Jaime, sin poder contenerse.

—Avergonzado de su derrota, se hurtó a la vista de los hombres. Se cree que huyó a la Meca.

—¿Seguirá allí? ¿Le ha visto alguien?

—¿Entendéis el árabe, magnífico señor?—preguntó ahora Said, levantándose del suelo.

—Sí; lo entiendo y me place mucho escucharlo.

—¿Dais vuestra venia para que entone en vuestra presencia una trova cuya música os recordará los jardines de Mallorca?

—¡Que me place!—exclamó con viveza y alegría don Jaime—. Comenzad presto.

Los tres caballeros que se hallaban presentes en la tienda hicieron un gesto de hastío, pues no entendían la lengua en que iba a cantar el buhonero y se fueron acercando a la puerta de la tienda para distraerse con el barullo del campamento.

Don Jaime comprendió por instinto que la trova que le ofrecía el viejo mallorquín no venía a humo de pajas, sino que en forma más o menos alegórica y encubierta, encerraría una respuesta a sus preguntas sobre el paradero del último emir de Mallorca y se dispuso a escuchar con los cinco sentidos.

Said-ben-Alhakén comenzó un relato en árabe cantado con una dulce tonadilla del país que, traducido, venía a decir así:

—«Escuchad, caminantes, esta historia que tiene el ardor del desierto, la fiereza del tigre y el dulzor de los dátiles. Detened los corceles y escuchad. Aprended la enseñanza que encierra esta fábula antigua que escuché en la Medina de los Omeyas una noche de Ramadán ya muy lejana».

—¡Seguid!—le pidió don Jaime, entusiasmado, con la trova.

—«La bella cristiana de tez de rosas y trenzas de oro cautivó con sus miradas al fiero príncipe de piel oscura y ojos de fuego que recorría el desierto al frente de mil lanzas invencibles. Supo el poderoso rey, por una de sus esclavas, la mágica servidumbre a que el príncipe su hijo se hallaba sometido, pero nada quiso decir a éste y prefirió dejarle en libertad para conocer la fuerza de sus creencias...»

Jaime de Mallorca escuchaba sin pestañear para no perder una sílaba de lo que, como sospechaba, iba a ser su propia historia. Maquinalmente iba comiendo la rica golosina que el viejo había dejado en la bandeja a sus pies.

—«El príncipe se fue muy lejos, arrastrado en el torrente de su amor por la cristiana. El rey lo maldijo sin derramar una lágrima, y los mil jinetes clavaron sus lanzas en la arena en señal de luto».

Jaime quedó pálido al oír lo de la maldición del padre, quien al advertirlo tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para que no le traicionase su propia voz:

—«Pasaron muchos años y el que fue adalid del desierto en nombre de Mahoma se convirtió en un poderoso caballero en las tierras de la cristiana de piel de rosa y cabellos de oro...»

Un día de descanso en la pelea, llegó hasta la tienda del renegado un viejo sarraceno que vendía esos higos confitados que en los serrallos de Arabia endulzan las lentas horas de las sultanas...»

—¡Pensad que os jugáis la vida!—murmuró entre dientes Jaime de Mallorca, apretando los puños para contener su enojo.

El recitador le hizo un gesto de calma para que le dejase llegar hasta el final. Un perrillo sin raza, de los que husmeaban entre las tiendas las sobras de las comidas, se aventuró hasta los pies del cristiano y lamió las migas de turrón de la bandeja ya vacía. El viejo terminó así su relato:

«No pudo el príncipe resistir a la gula. ¡Tanto tiempo hacía que no comía aquellas delicias...! Y cayó muerto a los pies del rey justiciero: envenenado».

Jaime se levantó y se llevó las manos a la garganta. Un sudor frío le bañaba el cuerpo.

Said no se inmutó ni contestó a su hijo. Sacó de entre sus mugrientas ropas un último trozo de turrón y se lo arrojó al perro hambriento:

—No temas por tu vida, hijo mío—habló entonces el viejo y señaló al perrillo que se retorció en el suelo agonizando:

—Con esto te demuestro la diferencia que a mis ojos existe entre el príncipe de la trova y el noble hijo del emir de Mallorca. Yo te bendigo y alabo a Dios por las venturas que te ha concedido.

Padre e hijo se abrazaron llorando en la soledad de la tienda.

* * *

Blasco de Pertusa supo pronto que Jaime de Mallorca recibía algunas noches en su tienda a un viejo juglar morisco y se encerraban a solas con el pretexto de que los romances y cantos de Mallorca eran la diversión favorita del señor de Gotor.

Blasco de Pertusa, infanzón de Sobrarbe, era uno de los envidiosos que no le perdonaban a Jaime la privanza de que gozaba cerca del rey. El Conquistador era muy dadivoso con sus guerreros, y esto no resultaba grato a los quince infantes ni a las doce grandes familias que desde el alzamiento de San Juan de la Peña se consideraban los únicos nobles «de naturaleza».

A la reina doña Violante le habían llegado a insinuar que el hijo del emir destronado aspiraba a recuperar el trono de Mallorca en el testamento del Conquistador.

Todos los envidiosos juntos consiguieron que naciera la duda en el corazón del rey. Así, una noche llegó de improviso a la tienda del de Gotor y penetró el primero con la «Tizón» en la mano. ¡La acusación era cierta! Su ahijado estaba en conciliábulo secreto con un espía de la plaza sitiada. El aragonés era impulsivo y violento; se arrojó sobre el joven y le asió por la barba gritando:

—Aprestad vuestra espada, traidor. Por mi mano voy a castigar vuestra felonía. Pero os daré campo donde defenderos y matarme si podéis, como por lo visto es vuestro deseo.

El acusado permaneció callado, paralizado por el estupor. Said se arrojó a los pies del gigante y suplicó:

—¡Mi hijo es inocente! Mi hijo es el vasallo más fiel que tenéis. Por nada del mundo os abandonaría. Me lo estaba diciendo cuando vos entrasteis.

Jaime I era muy buen fisonomista y no tardó en reconocer, a pesar de los cambios, a su antiguo rival de Mallorca. La alegría que sintió al ver derrotada la cobarde calumnia fue tan grande que empezó a reír a carcajadas y a repartir palmadas y abrazos. Tenía un corazón tan generoso e infantil que hizo repartir entre la soldadesca todo el vino de su despensa y todo el dinero de las arcas reales.

Desde las murallas de Játiva vieron los enemigos las hogueras donde se asaban cabritos y corderos y oyeron los alegres cantos de los sitiadores.

—¡Mal agüero para la fortaleza!—pensaron mohinos.

Sólo una persona no participaba de la alegría general, a pesar de ser el principal motivo de ella. Jaime de Mallorca apretaba los dientes y bajaba los ojos. Se encerraba en su tienda y paseaba por ella como un león enjaulado:

—Que esta sea la última mano de hombre que ose tocar vuestra barba—le había dicho el rey aquel día feliz en que, ciego por el saetazo, le acarició como niño por última vez.

—¿Qué se hace cuando el ofensor es el propio rey a quien veneráis y a quien debéis todo lo que sois?—se preguntaba durante sus largos y desesperados monólogos.

Said contó entonces a su hijo un cuento oriental digno de haber figurado en las *Mil y una noches* y que terminaba así:

—«El astuto Rach-el-Balduk vengó la afrenta que el sultán cazador le hiciera aquel día ante toda la corte. En adelante, cuando iban de cacería, la flecha lanzada por Rach-el-Balduk partía segundos antes de que la del sultán saliera del arco. Las fieras más hermosas y difíciles, muertas por la primera flecha, rehuían el honor de ser abatidas por el sultán. Hasta que el sultán cazador murió de rabia y de melancolía».

Jaime de Mallorca comprendió en seguida lo que le quería sugerir su padre y aquella misma noche atacó por sorpresa el fuerte que era la

llave de la fortaleza sitiada, o sea, abatió con un certero golpe la pieza más deseada por el rey. En otras circunstancias, esto le hubiera costado caro, pues era una desobediencia y una humillación para el caudillo supremo, pero éste comprendió muy bien el móvil de su ahijado y no sólo le felicitó ante el ejército entero, sino que le nombró alcaide perpetuo del fuerte y le dijo:

—La mano de un rey paternal y justiciero no trajo ofensa sobre vuestro rostro. Pero veo con gozo que no soportáis baldones y sabéis desquitaros con honor y provecho.

* * *

En 1835 las turbas revolucionarias saquearon el monasterio de Poblet donde estaban sepultados los reyes de Aragón con sus reinas e infantes. Vacieron los sepulcros, hicieron bailar las momias y mezclaron los huesos. Manos piadosas volvieron a darles tierra y Jaime el Conquistador pudo ser reconocido porque su esqueleto era inconfundible: el más grande de todos; el único gigantesco. Además, ostentaba en la sien derecha de la calavera la brecha que en el sitio de Valencia le abriera una saeta sarracena.

* * *

Como un misterio del destino, también la tumba de Jaime de Mallorca sufrió una extraña y sigilosa profanación. Fue sepultado al morir en la cripta de la iglesia del castillo de Gotor. Su muerte había sido edificante. Sobre su cadáver, la espada que había manejado en vida ponía entre sus manos cruzadas la cruz de su empuñadura.

Cinco años después, la viuda lo trasladó a un soberbio mausoleo de alabastro y tuvo la curiosidad de abrir el féretro. Cuentan las leyendas que, en lugar de la espada, era un alfange lo que reposaba sobre su cuerpo, de tal manera que la Media Luna había ocupado entre sus dedos el puesto de la Cruz redentora. Se reparó inmediatamente la sacrílega usurpación, pero nadie ha podido explicarse nunca cómo pudo el fanático y terco Said-ben-Alhakén lograr aquella efímera victoria póstuma sobre el sueño eterno del hijo cristiano.